

Agosto 1915

EL VERBO DE LA NOCHE Y EL VERBO DEL SOL

La edad de oro amanecía, y los griegos, divinos pastores, contemplaban aún las pálidas estrellas. Era en el silencio de las majadas, sobre las colinas con olivos, entre los perros vigilantes. Sus almas se revelaron con la aurora. Aquellos cabreros tenían los ojos soberanos de las águilas, y todas sus intuiciones las arrancaron a la celeste entraña del Sol. Los bosques de sagrados senderos, los arroyos claros, las grutas de donde vuelan en los ocasos los pájaros de largas alas, las sombras de los laureles, las playas lejanas y doradas con el mar azul, fueron los pobladores de sus almas. Con ojos maravillados bajo la luz, recibían todas las imágenes como especies eucarísticas, y eran tantas y tan diversas las imágenes, que en ellas se cifraban las normas del conocimiento. El sentir de los griegos fué hijo del mar y del cielo, de los bosques con genios

y de la lujuria de las formas. La varia emoción que iban devanando los ojos por los agrios caminos, dió agilidad a los cuerpos y a las mentes. No recibían el conocimiento del mundo como una herencia fría en la urna de las palabras; para aquellos pastores, las ideas significaban números y formas bajo el ritmo del Sol. Cuando se reposaban en las alturas mirando al fondo de los valles arados, verdes, intensos, experimentaban la emoción mística de la Suma. Lo que habían aprendido de una manera semoviente, era gozado en quietud. El conocimiento cronológico se hacía extático, y las almas se despojaban de la memoria, como de la tela del tiempo, para aprender por el divino camino del Sol. Aquellos hombres místicos, después de arar el pardo regazo de la llanura, de conocer sus senderos uno a uno, como largos relatos, se hacían centro y conciencia de visión sobre las cumbres. Y cada noche estrellada, reunidos en torno de las hogueras, sintiendo el vaho de los rebaños, era el goce de recordar las imágenes del día y hacerlas revivir en el relato de los más ancianos.

¡Y fué un ciego cantor, para quien la noche parecía eterna, quien primero en la música de las palabras hizo arder la corona del Sol! ¡El

padre Homero pudo llamar a sus versos con un nombre de flor: HELIO-TROPOS!

Son las palabras espejos mágicos donde se evocan todas las imágenes del mundo. Matrices cristalinas, en ellas se aprisiona el recuerdo de lo que otros vieron y nosotros ya no podemos ver por nuestra limitación mortal, aun cuando todas las imágenes y todos los verbos sean eternidades en el seno de la luz, como explicaba el mago Apolonio de Tyana. Para el iniciado que todas las cosas crea, y ninguna recibe en herencia, la luz es numen del verbo. Las palabras en su boca vuelven a nacer puras como en el amanecer del primer día, y el poeta es un taumaturgo que transporta a los círculos musicales la creación luminosa del mundo: en los números pitagóricos, aprisiona las Ideas de Platón. Pero las imágenes, eternidades de luz, sólo dejan en la palabra la eternidad de su sombra, un rastro cronológico de aquello que los ojos contemplaron y aprendieron de una vez. El pensamiento humano es como el fruto sagrado del Sol.

Los mitos helénicos nacen en las cristalinas cuevas de los montes, en el verdoso seno de las frondas, en la azul ribera del mar. Si el eremita ama su yermo, es porque su pensa-

miento se reposa fuera del mundo, y para mantenerlo en quietud huye las sollicitaciones de la naturaleza. Toda llanura es yermo espiritual. En la llanura sólo florecen los cardos del quietismo. El criollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alma embalsamada de silencio, y si alguna emoción despierdan en ella los ritmos paganos, ¡es por la mirra que quema en el sol latino, la lengua de España. En la llanura las imágenes son tristes y menguadas, se suceden con medida monótona y tarda, son las sombras arrastradas en los pasos de un lento caminar. Allí la emoción está en lo largo de los caminos, y en lo largo del tiempo para mudar la vista de las cosas. Aquel horizonte monótono y curvo ante el cual los ojos se aduermen un día entero de jornada, aquieta y aniquila las almas. ¡Es el desierto donde la fantasía muere de sed! Estas llanuras, cuando son recorridas por los pasos del hombre, parecen largas como una vida. En ellas los ojos, si no miran al cielo, jamás gozan un acto puro, la emoción de ser centros. ¡Ay!, faltan las suaves y azules montañas que ofrecen desde sus cumbres la visión circular de los valles. Falta el conocimiento gozoso de la Suma.

Y son tan estériles para los ojos, que el sentimiento clásico sólo se nutre en el seno de las palabras, mágicos espejos evocadores de rostros y mundos lejanos.

¡Qué enormes, silenciosas y desnudas las Pampas Argentinas! En aquellas soledades, las palabras, a pesar de su esencia cronológica y de representar todas las cosas en teoría, son más fecundas que las imágenes del paisaje, más llenas del secreto de la vida que buscaba en la forma sensible el divino Platón. Todo el conocimiento délfico de los ojos, es allí convertido en ciencia de los oídos y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Aquellos criollos de las Pampas, cuando hayan levantado sus pirámides, habrán de sepultar en ellas sus tesoros y hacerse místicos. Sus almas cerradas a la cultura helénica, oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada. ¡Águilas y topos son las bestias que simbolizan los modos del humano conocimiento! ¡Águilas de ojos soberanos, y topos auditores!

¡El verbo de la noche y el verbo del sol!

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

(*Nuevo Mundo*. Madrid.)

LA PAZ POR LA CIENCIA *

SRÑORAS : SEÑORES :

Ha querido el destino que el acto más trascendental de nuestra vida universitaria se realizase este año bajo las penosas circunstancias de una guerra europea, de magnitud jamás alcanzada en los anales humanos, la cual, aunque se desarrolla lejos de nuestro suelo, interesa con la mayor intensidad el alma argentina, por la vasta solidaridad de cultura que la une e identifica con todas las naciones amigas comprometidas en la magna contienda. Ella ha nacido de esa vieja civilización, se ha nutrido de sus ideales filosóficos y religiosos, y ha organizado su gobierno político y régimen social sobre los principios de su credo jurídico.

Una amplia corriente y una universal armonía de ideales "humanos" y pacificadores había arrullado los oídos del mundo en estos últimos años; y en Europa y en América disponíanse los congresos a conferenciar y a ce-

* Discurso en la colación de grados y títulos de la UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA, el 15 de agosto de 1914, por el Dr. Joaquín V. González, Presidente de la Universidad y Profesor de Historia Diplomática.

lebrar los triunfos de las formas orgánicas para la solución de las diferencias entre las naciones. Los amigos de la guerra o de la paz armada, oprimidos por el peso, y el volumen de sus ejércitos y escuadras, en tierra, del agua y del aire, llegaban a consentir, por lo menos, en la sinceridad del antiguo aforismo de "conservar la paz por la disposición para la guerra"; y los más tolerantes de los pacifistas conciliaban con aquéllos en la próxima esperanza de un desarme general, como consecuencia del exceso de las armas y de sus presupuestos, y de una liquidación en el papel, de todas las montañas de hierro y oro acumulados por esa política. El autor europeo de "La grande ilusión", como los autores americanos de la fórmula llamada por sus nombres,—Wilson-Bryan,—para evitar la guerra, después de llenar el espacio con la auspiciosa repercusión de sus bellas doctrinas, habrán quedado bajo el silencio de los hondos desengaños, tanto más dolorosos cuanto más inesperados.

La guerra ha estallado en las más altas cabezas de la civilización, en las dos razas y núcleos directivos de la marcha de la humanidad contemporánea, representativos del resultado de todas las filosofías, religiones y políticas que han luchado por ganar el corazón y la conciencia del género humano desde los comienzos de la historia: las filosofías no han conseguido aún armonizar, o sea dicho, "pacificar" las almas de las sociedades, en cons-

tante agitación y lucha contra las desigualdades, o contra las injusticias inveteradas que sólo cambian de forma en cada evolución libertadora; "los enemigos de las actuales formas de sociedad, decía un escritor inglés el año pasado, ya se llamen en un país antimilitaristas, en otro anarquistas, y en un tercero revolucionarios, todos son semejantes. Ellos forman el elemento subjetivo de nuestro sistema de civilización, cuya columna dorsal es el Estado, y esperan el momento más propicio para introducir lo que ellos juzgan el sistema más conveniente, cuya columna dorsal es el Estado... en ruinas... Dado el desgraciado caso de una guerra, la revolución social, con todos sus horrores llamará a nuestras puertas. La Europa necesita paz externa, por la fundación del equilibrio político, y también paz interna por un justo equilibrio social entre el capital y el trabajo."

Entre tanto, los estadistas, los conductores de los más cultos pueblos del mundo, en cuyas entrañas labran su descomposición los que nuestro autor llama "enemigos del orden social", han desencadenado sobre el mundo la guerra de siempre, la guerra de matanza y de aniquilamiento, bajo cuyos escombros renacerán más que las mieses, los nuevos odios destinados a renovar otras guerras en el futuro. Y la filosofía seguirá tejiendo sus redes metafísicas, en el espacio mental, con menos fijeza que las arañas industriales, las cuales tejen

las suyas sobre puntos de apoyo materiales y con sujeción a principios matemáticos indestructibles; mientras que los primeros crearon Estados y sistemas sociales mucho más deleznable's, en comparación, que la leve telaraña en los arbustos.

Cuando las religiones han logrado su temporal anhelo de gobierno político, en busca del reinado de la paz ideal, fundada en la unidad de un dios o de un dogma, los emperadores inventaron el martirologio de los creyentes, y estos triunfantes, crearon el martirologio de los no creyentes; y cuando la Europa fue unificada por Carlomagno bajo la fe católica, "el espíritu del mahometismo pasó lentamente al cristianismo; y durante dos siglos, --dice Lecky,-- en todos los púlpitos se predicó el deber de hacer la guerra al infiel, y pintaron el campo de batalla como el paso más seguro hacia el cielo prometido". La nueva victoria del principio religioso en el siglo xv, lanzó sobre la Europa el furor de las guerras de la Reforma que la extenuaron por el odio y por la sangre; y cuando ese summum espiritual, embebido de la filosofía moderna y atemperado por la nueva corriente de tolerancia y solidaridad moral en la cultura, proclamaba las promesas del reino pacífico, una guerra de fondo religioso, y exterioridad étnica y realidad política y hegemónica, comienza en los dominios del islamismo, se propaga en la sangre de dos razas rivales, e incendia al fin el

castillo fuerte de la civilización más preciosa que los hombres han conocido.

¿En cuántos siglos la política ha realizado la evolución de las formas orgánicas de las sociedades, desde las autocracias bárbaras hasta las más amplias y liberales democracias modernas? Y todas han reflejado sus influencias sobre la "justicia internacional", hacia la que tienden como un último ensueño de perfección: es la supresión de la guerra, la fundación del Estado social por excelencia, la realización del reino jurídico universal. "El crimen de la guerra" de nuestro Alberdi, adoptado por el pensamiento europeo, fué la última expresión condenatoria del estado regresivo y antijurídico, proscrito de la reciente filosofía política, y reconocido por el universal movimiento en favor de los principios del arbitraje y la estricta justicia internacionales; los gobiernos iniciadores y mantenedores de esa grande Asamblea de las naciones, cuya sede se ha fijado en La Haya, son los actores directos de la guerra pendiente, destinada a remover, sin duda, de raíz, en la conciencia contemporánea, todos los resultados de la historia.

¿Qué es entonces la política? ¿Dónde se halla la luz conductora por la tiniebla en la cual ha entrado de nuevo la humanidad? ¿Cuál es la realidad de las promesas hechas y de las enseñanzas transmitidas por las naciones antiguas de Europa a las naciones nuevas de

América, las cuales se llaman a sí mismas discípulas, hechuras, creaciones de las primeras? Diríase que, lejos de asistir a una prueba formidable del valor efectivo de los progresos técnicos en lucha de predominio, presenciemos una inmensa catástrofe de la organización del mundo civilizado, sobre las bases de las conquistas y de las convenciones anteriores. Ni los congresos de Westfalia, de Viena y de Berlín, ni las alianzas e inteligencias compensadoras del actual equilibrio mundial, en el que directa o indirectamente entran los continentes de América y el Oriente lejano, habrían logrado representar las aspiraciones o las conquistas pacificadoras de las religiones, la filosofía o la razón jurídica, que sirven de base a la actual organización del mundo; y fuerza será meditar en los gabinetes o en las cátedras, donde se estudian los problemas de la vida y el destino de los pueblos, sobre las causas del tremendo desastre que conmueve hoy los cimientos de la sociedad de las naciones.

Hace tiempo algunos ilustrados escritores proclamaron la bancarrota de la ciencia, en vista de las agitaciones sociales contemporáneas y de la universal inquietud de los espíritus; pero ellos veían el problema bajo una faz restringida e incompleta. Porque la ciencia aún no es libre, ni gobierna con plena autonomía, ni los demás órganos de los Estados la oyen ni le entregan todo su material, ni sus instrumentos ni sus medios de acción. La po-

lítica la mantiene todavía aherrojada y sometida a sus intereses y caprichos, sin permitirle desplegar la plenitud de su vuelo; ni las formas de gobierno o asociaciones de Estados la consultan y obedecen, ni sus inspiraciones ingénitas sobre las religiones y filosofías, pueden aún sobreponerse a los dogmas obligatorios, o a los sistemas tradicionales, o a las imposiciones de la fuerza, que tienen educada y habituada a la conciencia humana.

Luego, la ciencia no es responsable sino en la medida de su libertad, de los resultados de sus descubrimientos y experiencias sobre la felicidad de los hombres; ni tampoco del uso interesado o injusto que la rutina, el egoísmo, la razón de Estado, la ambición o el poder hacen de los agentes o instrumentos que ella les entrega, como el obrero asalariado que enajena en manos del patrón capitalista la labor de sus manos o la creación de su ingenio. En cambio, ningún criterio puede negar que ella es única autora de cuanto bienestar positivo y real goza el hombre civilizado, y de cuanta ventaja aprovechan para sus fines egoistas o particulares, los poderosos de la fortuna o las ambiciones de dominio de los caudillos de pueblos.

Parece indudable que la humanidad ha perdido la brújula de su derrotero en el tiempo presente. Una red inextricable de sendas y rumbos divergentes la han extraviado y confundido, y no atina a ver sobre el horizonte la

“luz magna” que el profeta anuncia guiando al pueblo errante en la tiniebla. Y no es porque no sepa donde se halla esa luz, como siempre le aconteciera en los más críticos momentos de su historia. Ha buscado por siglos la verdad por el camino de la ficción y la libertad por la senda de la esclavitud; y cuando un espíritu inspirado le dijo que él era la verdad, y que sólo por la verdad iría a la libertad, se obcecó en su error, suprimió al profeta providencial, y cayó en la peor esclavitud, la de la mentira y el fraude, sobre las cuales edificó todas sus religiones, filosofías y políticas positivas. Al pensamiento unificador y pacificador reemplazó con la discordia y la guerra a sangre y fuego; al mandamiento del amor y la fraternidad y la ayuda recíproca, substituyó los odios religiosos y sociales, y el interés y el egoísmo, que han creado los profundos abismos entre las naciones, las sociedades y las clases de una misma sociedad; ha fundado la guerra permanente y continua, que corroe su corazón y enferma y extermina las mejores plantas y frutos de su inteligencia, y ha alejado, quien sabe por cuantos siglos más, la iniciación de la nueva era de la paz, o de la labor por la paz del mundo.

¡Cuánta doctrina engañosa y brillante, aún vestida con el ropaje de la ciencia, ha venido a ensalzar los beneficios de la guerra! Se cree que ella desarrolla y crea las virtudes viriles, los heroísmos y acciones grandiosas, que dig-

nifican y elevan la persona humana. Entretanto desconocen la existencia de esos otros fecundos heroismos pacíficos, que consisten en arrancar a la tierra sus elementos de bienestar y amplitud de la vida misma, y a la sombría y feroz ignorancia sus víctimas mil veces más miserables que las del hambre o de las fieras. La guerra, que saca del odio su fuerza mortífera o eliminadora, no puede conducir a la paz, sino como preparación de otra era de guerra; porque en la naturaleza humana, la revancha del vencido se convierte en una vocación, así dure décadas o siglos su cumplimiento. Alberdi se había anticipado a Spencer en la enunciación del principio que la paz no puede ser fruto de la guerra, sino de las artes y los medios de la paz, como observa Baty en su traducción del "Crimen de la guerra". Y la paz tiene sus fuerzas viriles insuperables, tanto más fecundas que las de la guerra, porque son creadoras y continuadoras, mientras que las segundas son destructoras y finales. La una tiene por misión aniquilar y cegar fuentes de vida, la otra crearlas y ensancharlas sin término, porque se propagan y desarrollan las unas de las otras.

La ciencia es la fuente de todas las creaciones útiles; y ella cierra sus laboratorios silenciosos cuando la guerra ensordece el ambiente y arrastra a la muerte estéril en manos de un hermano, al estudioso y al sabio que habría preferido morir de un heroísmo sublime, vícti-

ma de un invento fecundo para el bien de sus semejantes. La guerra ahonda y ensancha las diferencias entre las razas y las naciones, alejando cada vez más el ansiado día de la universal fraternidad; la ciencia muestra un solo camino, el de la verdad única posible, el de la verdad *que es*, que todos los hombres y naciones y razas deberán ver del mismo modo, porque tienen los mismos ojos y la misma comprensión de las verdades simples u objetivas, que conducen a las compuestas y subjetivas. La ciencia es, así, la única senda que conducirá a la armonía de las sociedades humanas más desemejantes y discordes, por la propia acción de sus métodos; y la ciencia es organismo que sólo vive en ambiente pacífico, para desplegar en él sus lentas y progresivas conquistas. Ella encierra el secreto de la paz del mundo y de las conciencias, la unificación de los intereses materiales y de las aspiraciones morales, las únicas bases positivas posibles de la igualdad social, y de la justicia fundada en la verdad de la naturaleza humana.

Ni los partidarios teóricos de la guerra, como institución útil al progreso del mundo, pueden desconocer el valor decisivo de la ciencia en sus resultados incontrarrestables; y así, deben oír la observación profundamente científica que se formula en obras recientes sobre la "Eugénica" o ciencia de la selección humana, cuando nos dice que "bajo la corriente de la continua guerra, en la cual centenares de

miles de los más fuertes miembros de la comunidad social son exterminados, mientras que solo quedan los más débiles para continuar el núcleo fundamental, la raza originaria se debilita progresivamente, y puede al fin extinguirse. Cuando, como es frecuente, el continuo despotismo sigue al continuo guerrear, los nuevos pueblos sometidos, no por la selección sino por la fuerza, al ser conservados en posición inferior, no pueden formar una nación con la integridad social de sus predecesores, y habrán de disgregarse y desaparecer". Los campos de batalla, agrega otro sociólogo alemán, quedarán cubiertos con los cadáveres de millones de nuestros hombres más jóvenes, sanos y fuertes. Los mejores son los que se pierden: sólo quedan los ancianos, los inválidos, los enfermos, porque el servicio obligatorio arrastra a todos los aptos para cargar las armas; y además, los sobrevivientes de los campos de batalla no son los más indicados para la continuación de la raza, a menos que se dé a los neurópatas el primer lugar... porque si al estruendo de la técnica y del tráfico, se agregan los horrores de la guerra ¡qué generación de neurasténicos se producirá, y cómo los males de la neurastenia arruinarán las generaciones!"

Desde los más primarios problemas relativos a la formación del núcleo social de la nacionalidad, hasta la posesión de los más sencillos medios de utilización de los recursos

naturales, la ciencia es nuestra guía y maestra y artífice insuperable. Por eso es la labor permanente de las generaciones en este eterno vaivén de la ola figurativa del humano progreso. La Escuela y la Universidad son sus laboratorios y talleres, no sólo para trabajar en el material primitivo, sino para formar en la vida del trabajo la esencial fraternidad del esfuerzo común y solidario. Este reemplaza por virtualidad propia a los postulados convencionales y a los mandatos autoritarios de los dogmas religiosos o filosóficos heredados, los cuales, por otra parte, no pueden subsistir en la conciencia de un niño, apenas éste pueda percibir la verdad elemental de la ciencia; a menos que la religión o la filosofía no sean un efluvio natural de la ciencia misma.

El descubrimiento en colaboración, de una verdad, de un elemento, de una cualidad cualesquiera, crea desde luego un vínculo indisoluble de compañerismo, acaso más fuerte que el parentesco; y por sucesivas agregaciones, la esfera de la armonización y consenso colectivos va ensanchándose, hasta abarcar la totalidad de una nación o de una raza.

La ley de armonía ha sido así sancionada por el propio imperio de la conciencia, y ninguna fuerza que no sea la de una necesidad superior, podrá desalojarla, ni debilitarla. El conocimiento de la verdad sobre las cosas y las ideas, descubre en los corazones las excelencias, las virtudes y las sinceridades más

asombrosas; y entre los hombres que vivieron separados por vallas infranqueables de prejuicios, diferencias y odios de muerte, se abre como un nimbo de luz, a cuyo resplandor se confunden sus almas en una íntima comunión de amor y solidaridad, porque han desaparecido entre ellos las únicas causas de separación, es decir, la ignorancia recíproca sobre las cualidades comunes, que ocultaban el tesoro de sus más hondas simpatías y afinidades. Por eso he dicho alguna vez,—inspirado en la enseñanza de Leonardo de Vinci,—el espíritu más ingénitamente científico producido por el cultivo humano, — que “conocer es amar, como ignorar es odiar,” y porque la historia mental de la humanidad enseña con sobrada elocuencia que los ignorantes son los depositarios de los odios ancestrales, heredados o transmitidos de inmediato por el genio de la guerra, para encender las hogueras o armar los brazos fratricidas, o guiar el puñal del asesino, o envenenar de ingratitud y de injusticia hacia sus benefactores más abnegados, el alma de las sencillas comunidades, de pueblos o de aldeas privadas de la cultura intensiva o ambiente que los domestica o conduce por el buen camino.

Sólo la ciencia, cultivada en labor continua, tenaz, de generación en generación, y en cooperación consciente o ignorada de pueblos a pueblos, puede acercarnos a formar ese espíritu de justicia social e internacional, tan anhe-

lado por los filósofos y filántropos, que cual santos de una religión profana y sin dogmas, orasen a voces con el lenguaje del amor y de la verdad, como Franklin, como Washington, como Jefferson, quien concebía una noción de nacionalidad que “comenzase una nueva era, esperaba una época en la cual los intereses dominantes dejasen de ser locales para ser universales, las cuestiones de diferencias de fronteras y soberanías fuesen secundarias, y los ejércitos y armadas quedasen reducidos a una función de simple policía...” Son palabras dictadas, como las de la inmortal despedida del chacarero de Mount Vernon, por un sentimiento de intenso amor humano, que nada sino la ciencia es capaz de inspirar; porque ella descubre ante las sencillas como las más altas conciencias, la verdad de la pequeñez igualitaria de todos los hombres, y desmonta todo el aparato formidable de las vanidades agresivas y dominantes, que engendran las autocracias, las tiranías y las clases oligárquicas, adueñadas de la libertad y del trabajo del pobre, el cual, agobiado por su ignorancia irreparable, queda reducido a la esclavitud de hecho por la imposibilidad de una liberación, que estriba más en la ceguera de la mente que en la condición material de la servidumbre.

Debemos, entonces, todos los consagrados a la tarea del estudio, en todo país de la tierra, proponernos una nueva y más intensa, teniendo en cuenta que vamos en auxilio de nues-

tros hermanos de otras razas y naciones, considerados, acaso, inferiores, porque ignoramos sus cualidades y virtudes esenciales, hasta privarnos de su colaboración en nuestro propio progreso; en ayuda, en primer término, de nuestros compatriotas y vecinos más próximos de nuestra América, expuesta por su in-experiencia y juventud, a errores más perniciosos porque comprometerían su porvenir, ya que tiene la suerte de mantenerse, gracias a la distancia geográfica e histórica que la separa de Europa, incontaminada de las pasiones impulsivas de la guerra presente, si bien no podrá desinterarse de la suerte de los beligerantes, con quienes la unen lazos de una íntima solidaridad de raza, de intereses y tradiciones formados en la enseñanza de sus maestros, y en el aire de su cultura, absorbida por la nuestra en constante correspondencia ideal; y al estudiar con ese profundo interés solidario, la filosofía de esta guerra, no olvidemos que estudiamos un problema propio, porque corresponde a nuestra misma civilización. En el desquicio probable de los ajustes de esa vieja fábrica, no podríamos precisar con exactitud la misión superior que le está reservada a nuestra América y a nuestra patria, ya sea como sujetos de experiencia de nuevos principios emergentes de aquella terrible lección, ya como hogar de refugio o de reconstrucción de los ideales y doctrinas de solidaridad y justicia derruídos, ya de reno-

vación de los despojos sangrientos que de ese antiguo acerbo de principios sociales y políticos, quedarán esparcidos por los sangrientos o incendiados campos de batalla.

Señores profesores y estudiantes que me escucháis,—y ojalá me oyeran todos los que enseñan a la juventud de mi patria,—quiero deciros con toda la convicción de mi espíritu, templado ya en el yunque de treinta años de vida activa intelectual, que estoy muy lejos,—ante el espectáculo de la guerra europea,—de abdicar, como he observado en muchos otros, de los más fervientes ideales, y de la fe en la fuerza y valor de los principios directivos y superiores de la justicia y de la razón, en las relaciones políticas de las naciones civilizadas. La guerra, por grande y comprensiva que sea, es siempre un accidente pasajero en la sucesión de los tiempos; y aunque no sea un medio de fundar la paz, sus soluciones de hecho pueden crear una situación favorable al desarrollo de las instituciones justicieras y liberales, y a las labores de las ciencias, las letras y las artes, las cuales, al elevar en un grado más el nivel de la universal cultura, asegurarán por períodos cada vez más largos de paz convencional, la acción de los elementos constitutivos de la paz definitiva sobre las bases eternas de la verdad y de la justicia.

Aunque nunca he pensado que pudiera admitirse un derecho y una moral internacionales para América, en oposición a los de

Europa, es indudable que la diferenciación geográfica hace posible la coexistencia de dos modalidades diferentes en la aplicación de sus principios generales. De esta manera el naufragio de ellos en un continente puede ser reparado por el otro, como ya pudo comprobarse este equilibrio cuando Canning enunció su inmortal afirmación: "He llamado a la vida un mundo nuevo para restablecer el equilibrio en el antiguo". Así, no porque hayan sufrido las conquistas de justicia internacional tan hondo descalabro con la presente guerra, nos dejemos invadir por el desaliento, ni menos por la reacción hacia las imposiciones bárbaras de la fuerza; acaso la misma Europa, cuando se haya cansado de matar y de destruir los frutos preciosos de su cultura y su trabajo seculares, venga a buscar en la olvidada América la brasa encendida para reavivar el fuego sacro de los seculares ideales de derecho, de justicia y solidaridad humanos, con los cuales tendrá que reconstruir, allá en el viejo solar de las razas madres, el común hogar devastado por los odios y rivalidades, no menos funestos por ser pasajeros.

Hay una sonrisa compasiva, o al menos interrogante, sobre las organizaciones corporativas que se han impuesto la misión de pacificar el mundo; se pregunta sobre el destino y la actitud de la Conferencia internacional de La Haya, erigida en Corte permanente de arbitraje entre las naciones, y de los demás con-

gresos científicos consagrados al progreso de la moral y la justicia universales. Pareciera que estas creaciones convencionales debieran decretar de modo infalible la solución de todos los conflictos y remediar todas las imperfecciones humanas, corregir los errores y rectificar las corrientes de la historia, por obra de una magia omnipotente e incontrastable.

No se recuerda que ellas fueron establecidas como agentes de labor y experiencia, fundadas en el concenso voluntario de las naciones, y sólo como órganos de consejo y no de legislación imperativa. Y basta para sus fines con esa relativa soberanía e independencia, porque las conquistas morales o jurídicas de las naciones no se han realizado en un día, y ya es mucho que ellas reemplacen a la sangre y al fuego que han costado siempre las simples enunciaciones de las nuevas fórmulas de gobierno en los siglos pasados. A ese género de corporaciones pertenecen los institutos científicos y las universidades que en todo el mundo trabajan en el mismo sentido, y sería renegar de la ciencia misma, desconocer su valor o utilidad, porque su existencia no hubiese sido bastante para impedir una revolución o una guerra.

A pesar de sus transitorias regresiones hacia el error o la violencia, la humanidad marcha a su perfeccionamiento; el ideal, conservado y cultivado en los solitarios laboratorios de la ciencia, del arte y de la poesía, es la es-

trella lejana del derrotero eterno, y hacia ella se encamina la peregrinación de la humana grey. La ciencia es su guía, el arte es su inspiración y su ritmo; y así, unidos los corazones al rumor de la armonía inefable que ellos exhalan en las almas, la marcha es triunfal, y durante las jornadas, van realizándose muchos de los prodigios esperados. No es posible abandonar la columna, ni arrojar los estandartes porque caigan en el camino los rendidos o los desalentados o los excépticos; no habría conquista en la vida si admitiésemos tal posibilidad, y en los procedimientos de la ciencia se explicarían menos tan perniciosas intermitencias de hastío o cobardía. Los estudiosos, los letrados, los profesionales del saber, tienen la misión de los oficiales en la marcha del ejército simbólico; ellos son un estímulo perenne para el soldado de fila, son un ejemplo vivo e infatigable de voluntad y de acción. En nuestra joven y aun informe nacionalidad sería una falta imperdonable la prédica del descreimiento y la vacilación; los que siguen sus estudios en las aulas, tras la enseñanza y conducción de los maestros, y los que van a ocupar su puesto en la labor pública del oficio, confiados en su propio esfuerzo, todos son responsables de su parte en la labor de salvar la integridad del patrimonio moral de la Nación.

LOS DOS NIÑOS

(De Giovanni Pascoli)

I.

De tarde. La pareja bulliciosa
de niños retozaba alegremente
en la quietud de la alameda umbrosa.

Jugaban abstraídos. De repente
lanzáronse, con pasmo de los tilos,
insólitas palabras a la frente.

Se hallaron ojos nuevos; intranquilos
parpadeos de cólera inflamada,
y por manos, dos garras de diez filos.

Sed de sangre brotó de su abrasada
garganta, y por sus pálidas mejillas
la miraron correr, atropellada.

Pero tú te presentas de puntillas,
buena madre, y con voz dominadora
separas las airadas fierecillas
y les ordenas: “¡ Hacia el lecho ahora !”

II.

Las sombras los circuyen. Procesiones
de fantasmas, el labio sigiloso,
parecían surgir de los rincones.

Y fué de oirse el lánguido sollozo
crecer bajo el imperio de algo obscuro
que volaba entre el lóbrego reposo.

Volviéronse los dos con inseguro
movimiento; y entrambos corazones
se escucharon latir con ritmo puro.

Llega, cual sobre manto de vellones,
la madre—tras la palma sonrosada,
la luz—a remirar a sus leones.

Contéplalos absorta: en apretada
red de abrazos, se estrechan dulcemente
Duermen ambos, el ala replegada.
Y ella los besa con amor riente.

III.

¡ Hombres ! En vuestras iras de felinos
pensad en el misterio pavoroso
que amarga vuestros míseros destinos ;

pensad en el silencio tenebroso
que sobrevive al grito delirante,
y, de la guerra, el ímpetu furioso.

¡ Hombres, paz ! En la tierra vacilante
enorme es el misterio, y sólo atina
el que brinda su amor al semejante.

¡ Paz, hermanos ! La mano que se inclina
tarde o temprano a acariciar, desame
el gesto airado, la pasión dañina.

a fin de que la calma se derrame
por nuestra faz cuando, sin ser oída,
se acerque, sin que nadie nos la llame,
¡ la Muerte con su lámpara encendida !

GUILLERMO VALENCIA

(*El Figaro*. Habana.)

ES LA GUERRA

Fué la víctima sangrando;
fué la mujer, con su afrenta;
el incendio sin excusa
y el pillaje con la prenda;
fué el crimen y la barbarie
y la crueldad con las pruebas,
y nos dijo el general:
—¿Qué se ha de hacer? ¡ Es la guerra !

Han violado a las mujeres
bárbaramente, en presencia
de maridos amarrados,
torturados en la infamia de su escarnio y su vergüenza
y delante de los padres y los niños,
mancillando la vejez y la inocencia.
¿ Pero a quien echar la culpa
si eran buenos y eran cultos
y es la ocasión ? ¡ Es la guerra !

Han bebido hasta embriagarse
y ponerse como bestias;
han volcado, desfondados los toneles

y vaciado y roto miles de botellas;

han regado, han inundado

de champaña las bodegas...

Ellos son y no lo han sido

porque firmes no tenían las cabezas.

Eran sabios,

cultos eran...

¡ Estas cosas, son las cosas

de la guerra !

Han robado, han saqueado, han violado
cerraduras, como puede hacer cualquiera,

y han cargado con dinero y con alhajas

y con cuadros y con ropa, y hasta cuentan

que han matado, puramente

por robarles a las víctimas

el reló y portamonedas.

Son honrados y son cultos...

Es tentación del momento:

¡ Es la guerra !

Han incendiado a su paso

las ciudades indefensas,

los pueblos encantadores

y las miserables aldeas...

fueron dejando un reguero

de ceniza y de pavesas...

Ellos no tienen la culpa,

que son sensatos y cultos:

¡ Es la guerra !

Han hecho infamias sin nombre,
han cometido vilezas,
se han ensañado en las víctimas
como chacales y hienas,
han manchado, han deshonrado
la Humanidad y la Tierra...
pero es todo esto una cosa
puramente pasajera...
Ellos son civilizados...
¡ Es la guerra !

Han acariciado sueños
de grandeza ;
han tenido el ideal de un solo tipo
super-hombre de la Tierra,
conquistando, dominando, cultivando,
eliminando la enclenque raza enferma
y borrando hasta los rastros
y las huellas
de los pueblos decadentes, en la historia y en el arte
y en la ciencia...
Pero ellos estaban locos...
¡ Es la guerra !

VICENTE MEDINA

(De *Canciones de la guerra.*)

LA VINDICACION DE LA MEMORIA

Tal vez ha llegado el momento de proceder seriamente, y en virtud de las luces nuevas traídas a la pedagogía por los psicólogos, a una vindicación de la memoria,—y aun de la memorización—y aun del memorismo,—o a lo menos a reconocer con franqueza, respecto de éste, la parte que en justicia le corresponde dentro de cualquier sistema de educación, serio, sólido y eficaz. Por demasiado tiempo nos ha faltado tal franqueza. Toda la pedagogía romántica desde Rousseau hasta Herbert Spencer y aun más tarde, nos ha impuesto, con la superstición de lo espontáneo, una cierta repugnancia a lo que hemos llamado desdeñosamente “medios mecánicos” o “medios librescos”, y sensibilísimamente, “medios fatigosos” de aprender y de enseñar. Señalemos de paso el error que muy a menudo se comete, al considerar las corrientes pedagógica y científica del siglo XIX, continuación de las del Renacimiento. No; el humanismo es una cosa,

el romanticismo otra muy distinta. Rousseau abre un ciclo mental, no ya diferente sino contrario al iniciado por Rabelais y por Comenio. Recuérdese aquel admirable capítulo-matriz sobre la reforma de la educación de Gargantua, impregnado de lo que podríamos llamar *el sentido heroico de la educación*; y compárese luego con las blanduras del "Emilio" de donde ha salido la ralea infinita de las blanduras modernas; y claramente se verá que en las últimas hay ya un principio de vuelta a la sensualidad viciosa de los primeros maestros del gigante. Es muy probable que a un pedagogo como los que aun encontramos hoy, imbuídos del espíritu ochocentista, Rabelais le hubiese colgado también el mal nombre de "sorbonagro". No es un secreto para nadie que la historia de la filosofía considera ya el Positivismo como una nueva orma de la Escolástica. Voces diversas, independientes y concordantes se han levantado últimamente en Europa, para llamar al siglo XIX, "otra Edad Media".

Quien esto escribe tuvo ocasión de dar, en el invierno de 1909--1910, un cursillo sobre la *Atención*, con el complemento de algunos trabajos experimentales, realizados por una com-

pañía de jóvenes de mérito, a cuyo lado no faltó algún veterano de las lides científicas y en que sirvieron de sujeto, algunos correctores de imprenta. Cursillo y experimentos no llegaron a darnos tal vez todo lo que buscábamos; pero me parece que dejaron más clara que la luz una tesis que ya comienza a ser general en la psicología modernísima: que la *atención* hacia una cosa exige, como previa condición, poseer ya *un cierto conocimiento* de la misma; que lo que se llama *el interés* es, más que otra cosa, un nombre con que se disfrazaba este *conocimiento*, o, si se quiere, la *traducción efectiva* del conocimiento previo. El psicólogo americano Pillsbury ha realizado de esta tesis un estudio amplio y luminoso. Acaso sus conclusiones sean más radicales de lo que debieran, en el sentido de unir demasiado estrechamente, y, sobretodo, demasiado proporcionalmente la atención con el conocimiento anterior (*). Pero no puede negarse

(*) Precisamente el objeto del cursillo y trabajos experimentales a que acabamos de referirnos era el de intentar una rectificación a Pillsbury, en el sentido de mostrar que su conocimiento anterior demasiado completo, lejos de favorecer, perjudica la atención, y que por consiguiente, las condiciones óptimas para la atención se encuentran no en la ausencia del conocimiento, ni en su demasiada seguridad, sino en lo que denominábamos "*saber inquieto*". Las condiciones en que la tentativa se realizó, durante un viaje a Barcelona, entre dos semestres de estudio en el extranjero, impidieron

que el resultado de esta labor moderna ha tenido que ser el que se desvaneciera la mitología pedagógica, forjada en torno de este "interés", verdadero "Deus ex machina" en todas las teorías de lo espontáneo.

Desde el instante en que se acepta que el conocimiento precede al interés, el proceso mental que supone la educación en el educado nos aparece invertido y la admisión de su origen central, debe ser reemplazada, como en tantos otros problemas de la psicología, por la admisión de su origen periférico. Conocida es la posición que James y Langes dieron a la teoría de la emoción, sintetizada en la famosa frase del primero, "No lloramos porque estemos tristes, sino que estamos tristes porque lloramos". Ya el modo como la intuición formidable de Blas Pascal planteó el problema de la creencia, conducía a una conclusión, que hubiera podido formularse así: "No tomamos agua bendita porque creamos, sino que creemos porque tomamos agua bendita." Otras teorías modernas han impuesto la solución periférica en las cuestiones genéticas, sea de

que se llegase a conclusiones definitivas; y las que, por el momento se obtuvieron parecían más bien confirmar la opinión de Pyllsbury. Pero los que intervinimos en el ensayo no nos damos por vencidos y pensamos continuarlo próximamente.

índole natural o normativa, se refiera a fenómenos que se estudian o a la conducta que deba seguirse para alcanzar tal o cual resultado. Análogamente y en lo que se refiere a la adquisición de conocimientos, los hechos aducidos por Pillsbury y por otros contemporáneos nos imponen, en pedagogía, la tesis de que *no sabemos las cosas porque anteriormente nos hayamos interesado por ellas, sino que nos interesamos por las cosas porque anteriormente las hemos, hasta cierto punto, sabido*. Y como saber las cosas no quiere decir, después de todo, sino *poder recordarlas en el momento oportuno*, podemos sustituir legítimamente la anterior fórmula, por la que sigue: *No recordamos las cosas porque ellas nos hayan interesado, sino que nos interesan, por el recuerdo que ya tenemos de ellas*. Es decir, que *el primer movimiento de actividad mental para llegar al conocimiento de un objeto ha de ser de índole mnemónica*. El Génesis de cada conocimiento humano puede, por lo tanto, narrarse así: "En su principio era la Memoria".

Las consecuencias normativas que se sacan de aquí rehabilitan, como necesarios, en la base y comienzo de todo aprendizaje el *esfuer*

zo, el *dolor*, la disciplina de la voluntad, sujeta, en una palabra, no a aquello que place, sino a aquello que desplace. Hay en toda adquisición de conocimiento, como en toda invención, (*¿aprender una cosa no es, desde el punto de vista de la actividad mental, lo mismo, en el fondo, que inventarla?*) un momento que llamaríamos milagroso, si no fuese porque las modernas teorías de lo subconsciente como almacén biológico, desde donde las cosas pasan, en un momento dado, al campo de la conciencia, parecen proporcionarnos una explicación aproximada, ya que no completa del fenómeno. Este momento, momento de gracia, separa de una manera casi brusca el estado de no posesión del estado de posesión del conocimiento de que se trate. ¿Tenéis presente lo que os ha ocurrido en cada uno de vuestros aprendizajes de una lengua nueva? Recordad, recordad. Hubo un día, una mañana, una hora, en que al tomar un libro, al comenzar una conversación, o simplemente al levantaros, *os disteis cuenta de que sabíais el francés, el inglés, el latín*. El día anterior, la noche precedente, la hora inmediatamente anterior, *no poseíais aun esa lengua*. Desde este punto en adelante, *la poseéis*. Entre la su

ma de los conocimientos acumulados hasta entonces y la suma de fuerza y de facilidades que a partir de este instante sagrado, tendrá el sujeto a su disposición, hay una diferencia, y una diferencia decisiva. Es, diríase, el momento en que *se cobra el interés* del capital, interés de mil por ciento. En teoría el interés *corre* siempre, se produce siempre; pero de hecho hay un momento en que *se cobra*, en que éste aumenta el capital, mejor dicho, en que torna *capital* lo que antes no era sino *dinero*. En teoría, la planta brota de la tierra por una acción continua; pero de hecho hay un momento, un momento histórico en que *hay* planta, en que *tenemos* planta. El niño *se forma* largamente; pero hay un minuto en que *nace*. Así es la invención. El sabio madura lentamente la invención que ha de venir; pero la invención en sí misma se realiza en el tiempo de un relámpago. Así en el cambio de espíritu religioso, en la conversión. La tempestad espiritual viene de lejos; pero la fe se adquiere en el tiempo de caer de caballo en el camino de Damasco. Así finalmente en cualquier aprendizaje: estudiamos días y días el alemán; lo sabemos en un minuto. Silabea el párvulo torpemente, tiempo y tiempo; una

mañana se levanta sabiendo leer. Toda adquisición mental es, en rigor, una intuición. Pero la han preparado largos razonamientos. No es la intuición el efecto de los razonamientos: en vano buscaríamos en éstos causa eficiente para aquélla; pero éste es *el premio* de aquéllos, o tal vez mejor, el premio de la *actitud* que suponen aquéllos, como si dijéramos *la recompensa de la humildad* que ha tenido el razonador... Si; hay que empezar por lo exterior, hay que empezar por la *actitud*. Hay que abandonar todo orgullo. "Toma agua bendita,—diremos siempre con Pascal—toma agua bendita".

Lo que he llamado alguna vez "la paradoja de la invención" consiste en lo siguiente. De una parte: todo invento, todo descubrimiento científico es hijo de la casualidad. De otra parte: únicamente realizan invenciones, series, descubrimientos científicos, los sabios. ¿Hay aquí una contradicción? No. Volvamos siempre a la concepción psicológica periférica. La invención, el descubrimiento, no son un efecto de la erudición, del continuado estudio, de la actitud vital y aún profesional; pero son su *recompensa*, el *milagro* concedido a la larga humildad, y, únicamente a ella. La inspi-

ración, la intuición genial, no es el efecto del razonamiento, pero le sigue. El mismo razonamiento no es un efecto de la memorización, no está determinado por ella, pero la sigue. Y la memorización a su vez, sin que pueda decirse que sus causas sean el esfuerzo áspero, la disciplina, la lectura, el darse a cosas por las que aún no se tiene amor, sigue a todos esos *ejercicios* y nace también en el momento de gracia en que, después de haber reparado una cosa, dos, veinte, cien veces, se la recuerda... Altiva señora es la verdad; no la poseerá nunca quien antes no se haya arrodillado ante ella.

Pedagogos, haced arrodillar, haced arrodillar. Para aprender las lenguas, aún no se ha inventado nada mejor que las gramáticas. Para aprender a multiplicar, aún no se ha inventado nada mejor que la tabla de multiplicar. Cuantos, bajo la inspiración del espíritu ochocentista y sometidos a la superstición de lo *espontáneo*, han querido llevar hasta su término la metodología de lo *intuitivo*, de lo *razonable*, de lo *atrayerente* han debido confesar, si son sinceros, su fracaso. En la obra de la enseñanza, ni en la obra de la educación puede prescindirse de una parte, aún

mecánica, de memorización. Reduzcámosla, si así parece preferible, sustituyámosla a veces, pero siempre será de locos olvidar aquellas primeras palabras del evangelio del Conocimiento.

EUGENIO D'ORS

(*Revista de Educación*. Barcelona.)

PAN DEL CAMINO

Sobre el campo, que quiebra su monotonía en la raya blanca de la carretera, cae el sol de Julio abrasador e implacable. Los barbechos, recién cavados, enseñan sus terrones rojizos, limpios de maleza, y son, en medio de los recuadros de granada mies, como sangrantes llagas de la tierra. La llanura se prolonga ampliamente, seca, quemada, sin un regato que dé música de aguas, ni un árbol que con su copa dé frescura de sombra; tan sólo a lo lejos, donde termina la tierra de sembradura y comienzan los yermos, mirando a una barranquera de amarillos matices, el tronco mezquino de un almendro seco se retuerce dolorosamente: diríase vencido de tanta soledad. Los rubios tallos del trigo maduro se doblan, dejando caer con desmayo las morenas espigas. En el fondo la masa gigantesca de la sierra bañada de luz, con tonos de sombra en sus arrugas y con pinceladas azules en su cumbre, se recorta sobre la placa del cielo teñido de añil.

El polvoriento camino se arrastra interminable, cortando parcelas y saltando hondonadas,

trepando perezoso por las suaves lomas y revolviéndose bravío en valientes curvas; a las veces parece que acaba en lo más alto de una cuesta, pero luego asoma subiendo por la falda de otra más empinada; en sus cunetas crecen hierbajos y se perfilan los montones de grava recubiertos de polvo.

Sobre la carretera y sobre el campo, sobre el almendro seco y sobre las mieses enceradas, sobre los barbechos, por encima de la sierra, el cielo azul, limpio, uniforme; y en medio del cielo, como su joya única, un sol de lumbre con nimbo de blancuras.

Hundiendo los pies en el polvo caliente y marcando en él sus huellas hondas y precisas, caminan dos mujeres como sombras de tristezas. Una de ellas es anciana, menuda de cuerpo, angulosa de cara; tiene gris, casi blanco el cabello, del que le asoman algunas guedejas bajo la fimbria de la saya, que lleva revuelta sobre la sesera para resguardarla de los latigazos del sol. La nota carmín del zagalejo se remueve al andar perezoso de las piernas que cubre; la cabeza se humilla sobre el plano del seno, y los ojos—dos puntos de luz en sombra de arrugas—giran cansados en las órbitas, mirando siempre a tierra. La otra mujer es moza, ancha de flancos, aventajada de estatura, morena de carnes, pero de un tono que se empalidece en el rostro fundiéndose

en tinte mate, color de cera, color de santo, color de angustia. El cabello negro, lustroso y abundante, se esconde bajo los girones versicolores de una seda deshilachada, que acaricia con una de sus puntas la carne de la nuca, y con las otras dos, suavemente anudadas bajo el mentón, las redondeces de la garganta. Ciñe corpiño que acaso fué en un tiempo de lustroso y crujiente percal, y que ya no es más que un harapo tachonado de remiendos azules: la falda es verdinegra, color de vejez, y sus plantas desnudas pisan sobre esparteñas rotas.

Vieja y moza marchan lentamente, cansadamente; a las veces enjugan con el dorso de las manos el copioso sudor que corre por sus mejillas, y se paran un momento para dar una tregua de paz a sus pechos jadeantes. Caminan largo rato en silencio, como queriendo escuchar los ruidos del campo, pero el campo está mudo. Tras una de estas pausas, la joven habla con tristeza:

—¡Madre, no puedo más! En cuanto llegue a lo alto de la cuesta, me tiendo en los trigos y no paso de allí.

La vieja suspira y dice:

—Pararse es peor, hija: el sol te hará mal.

—¿Acaso no me hace mal el sol mientras voy andando? ¿No me hace mal el polvo que me entró hasta los ojos, ni la fatiga, ni el hambre?...

—Guardaras de la hogaza de ayer, y no nos

pasaría ahora lo que nos está pasando.

—¿Y quién guarda pan cuando se tiene gana de comer? Aunque ahora lo tuviese, ¿cómo iba a guardarlo?

—Razón llevas, pero más que el cansancio, eso es lo que me acaba.

Y llegan a lo alto de la cuesta y en la cuneta se sientan, tendiendo tras ellas sendas manchas de sombra amoratada. Linda el camino por aquella parte con un bancal de liego, y el mozo que lo labra, vestido con blanco calzoncillo y con camisa blanca, acércase al perezoso andar de los bueyes, apoyado en la mancera. La ronca voz del gañán suena plácidamente cuando habla a las bestias.

—¡Anda tú, *Colorao!* ¡Anda, *Palomo!*—Y se oye, según se va acercando, cómo la reja parte la endurecida costra y cómo la vertedera levanta los resecos terrones. Llega junto a las mujeres y allí se para; térciase el mugriento chambergo de fieltro, lía un cigarro, enciende a golpes de pedernal la yesca, y con la primera bocanada de humo que se desmadeja en el aire quieto, dice su saludo:

—¡Buenas tardes nos dé Dios!

—¡Mejores que éstas sean, buen hombre! dice la anciana.

—Pues qué, ¿tan mala se presenta? Quitando el bochornazo, por lo demás...

—Aun con el bochorno, teniendo llena la tripa, bueno es el tiempo.

—¿Acaso no comieron?

—Desde ayer en la madrugada no catamos el pan...y llevamos muchas horas andando.

—¿No encontraron ahí abajo un mesón?

—¿Y de qué nos sirvió el encontrarlo, si no llavábamos qué gastar?

—Pues mal camino emprendieron; por aquí, como no sea dejando atrás mucho terreno, no hallarán más que miseria.

—¿No pintó bien la cosecha?

—Hogaño, ni para coger lo que sembramos. En toda esta cañada, desde aquí mismo hasta el pié de aquel cabezo que le llaman el cerro de *La Luz*, ni siquiera segaron; ¡una ruina!

—¿Y es cuenta de ricos?

—Las malas cuentas siempre nos tocan a los pobres. ¡Tres meses hace que no beben gota estos secanos! ¡Tiene que haber más hambre este invierno!

La vieja se pone en pié, sacúdense el polvo, y dice a su hija:

—Vamos, María Isabel, que por poco que sea, más hallaremos caminando que sentadas aquí!

María Isabel se resiste, la madre ruega, y, tras los lamentos y las quejas, emprenden de nuevo la marcha; despídense del labriego, que se queda mirando al llano entre bocanadas de humo, y

se alejan silenciosamente, bajando por el lado opuesto la loma que acababan de subir. A sus oídos llega, serena, la voz del jayán:

—¡ Anda tú, *Colorao!* Anda, *Palomo!* Y, ya desde abajo, le ven encorvarse hacia la manquera, tras los bueyes, recortando su silueta blanca en el espacio.

Vuelve entonces María Isabel la cabeza, y, dando al aire un suspiro, dice tristemente:

—¡ Se quejan y tienen que esperar al invierno para sentir hambre!

La madre se detiene un momento, mira a derecha e izquierda, y dice al fin:

—¿ Es un coche lo que suena, María Isabel?

María Isabel se para y escucha largo rato; después mueve negativamente la cabeza y responde:

—No, madre, yo no oigo más que el ruido del telégrafo.

—¿ Estás cierta?

—Sí, madre.

Y tornan a emprender el camino. En la lejanía, pastando en una rastrojera, se mueve la masa gris de un rebaño, salpicado de las notas oscuras que ponen los escasos corderos de negras lanas. Al borde del camino aparece, en un recodo, la casilla de un peón caminero, cuyas paredes recién enjalbegadas, deslumbran; en la mancha carmín del tejado se destaca la chime-

nea, dejando escapar una ténue columna de humo que sube derecha hacia el cielo. María Isabel, al verla, dice a su madre:

—¿Será aquello un mesón?

La anciana mira fijamente al sitio que le señalan, y, cuando lo ha observado bien, vuelve a bajar los ojos sin decir palabra.

Al llegar junto a la casilla, oyen el agudo cacareo de un gallo y un bando de palomas torcaes raya el aire sobre sus cabezas. Ya desde la puerta divisan, en el interior, al peón caminero, que, sentado ante una minúscula mesa, con su mujer y un enjambre de pequeñuelos, ataca el contenido de humeante cazuela. Hasta las dos mujeres llega la caliente tuforada del potaje, azuzando con rabia su apetito.

La vieja no puede contenerse, se acerca, y, de rodillas en el umbral, implora:

—¡ Por la mujer, buen hombre, por los hijos, un pedazo de pan !

Con voz de pesadumbre responden desde dentro:

—¡ Que Dios la ampare, hermana; quizá la socorran en el pueblo: aquí somos más las bocas que los cachos !

—Mire que...

Pero María Isabel la arranca de allí.

—¡ No pida, madre, no pida !

— ¿ Qué hacer entonces, si no pedimos ?

Y seca, heroica, sale de labios de la joven, la respuesta:

—¡Aguantar!

Paso tras paso, la casilla del caminero va quedándose lejos, hasta que por fin se oculta tras un repecho; entonces, a los bancales de trigo y de centeno suceden unas viñas enfermizas y desmeдрadas, de pequeñas cepas con muchos sarmientos, escasas hojas y ningún racimo; el terreno donde enraízan se alarga en caballones rectos, de color blancuzco, cortado en grietas por la sequía. Rozando una de las lindes del viñedo cruza otra carretera, y en el sitio donde las dos se cortan, un tosco palo, pintado de verde, sostiene dos carteles; en uno reza: *Al Encinar*, en el otro: *A la Puebla del Marqués*.

Llegadas allí, las dos mujeres cobíjanse en la mezquina sombra que proyecta aquel palo y escuchan con atención:

—¡Ahora sí, madre, ahora suenan cascabeles!

—No, hija, por suerte no son cascabeles, son campanillas de un carro, ¿no le ves?

Por la carretera que cruza, que es la que va a la Puebla, avanza un carro tirado por cuatro mulas; junto a la primera de la recua viene el carretero con la tralla cruzada por los hombros, y, atado a la trasera, un mastín de color cenizo que se deja llevar humildemente, resistiendo en el lomo la llama del sol, y sacando de las fau-

ces rosadas la lengua bermeja. Las mulas van regando en la serenidad de la tarde el tintineo de sus campanillas, que se ajusta al lento rodar del armatoste; el toldo de blanca lona se bambolea en los baches, y entonces suenan, entrechocando, los herrajes de la galga. Mientras el carretero chasca la lengua, pasan las bestias el cruce de los caminos, y cuando ya se han alejado algunos pasos de las dos mujeres, dice la anciana:

—¡Vé, hija, vé!

María Isabel avanza hacia el carro, y cuando llega a él deja de oírse el sonar de las esquilas. Las mulas, quietas, husmean en los yerbajos que crecen al borde de la carretera, y el can, tumbado en el polvo, jadea y se rasca nerviosamente. En la limpidez del cielo aparece una nube blanca que se descrecha a poco y cuyos girones caminan lentamente hacia la sierra, poniendo en el suelo fugitivas caricias de sombra según van pasando bajo el sol.

Sentada en la cuneta, con la mirada fija en el sitio por donde desapareció la zagala, permanece la vieja quitándose las maltrechas esparteñas; a ella se acerca un peregrino cubierto con pardo sayal; cuando va a pasar, la vieja le detiene:

—Atienda, hermano, ¿conoce algún remedio para estas grietas, que no me dejan andar?—Y al decirlo muestra los pies hinchados y sangrientos.

—Para curarlos—dice el peregrino—no hay como la quietud. Para aliviar el escozor, mojarlos en agua fresca.—Vuelve la cabeza a uno y otro lado, y añade después: Pero por aquí ni charcos veo.

—Y alguna yerba que convenga ¿no conoce?

—Que se críe por el llano, no sé de ninguna.

La vieja se lamenta y el peregrino la mira con piedad; luego reanúdase el diálogo:

—¿Va Vd. a la Puebla?

—Hacia allí voy, pero no hago cuenta de cuándo llegaré; si Dios me ayuda, pienso que ha de ser bien entrada la noche.

Las campanillas vuelven a oirse, sacudidas primero reciamente y después con monorrítmico sonsoneo; tabletea el carro, blasfema el arriero, y la anciana, levantando la cabeza, exclama:

—Pues no se detenga, porque aun le queda camino.

—¡Que Dios la alivie, hermana!

—¡Que El le acompañe!

Y se pierde en la tolvana que levantan las mulas, cuando aparece María Isabel, anudándose el pañuelo bajo la barba y limpiándose el sudor que a chorros se desliza por sus mejillas. Antes de llegar al cruce, se detiene y llama:

—¡Vamos ya, madre!

Y la madre cálzase la esparteña y responde jovialmente:

—¡Vamos, vamos, hija!

El sol comienza a inclinarse poco a poco sobre la sierra; las sombras se alargan desmesuradamente, corre un vientecillo templado y suave, y apáganse, entre el rumor que este viento hace en las mieses, los últimos ecos de las esquilas que se alejan.

A poco caminar, las dos mujeres llegan a la puerta de un mesón; María Isabel grita con júbilo:

—¡Aquello, aquello es ventorro, madre!—Y la vieja responde:

—Y hemos dado con él cuando más falta nos hacía.

Lléganse a la mezquina choza, levantan la roja cortinilla que cela la puerta y se hunden en la grata penumbra del figón.

La posadera, que al oírlas aparece en una puerta del fondo, pregunta, después de saludar:

—¿Quieren tomar algún refresco?

—Refresco, no; queremos algo de comer,—dice la madre.

—Si es caliente, tendrán que aguardar; no hay nada hecho.

Míranse largo rato vieja y moza, como consultándose. Un rayo enfermizo de sol atraviesa la cortinilla y pone un tinte rosado en la claridad de los rostros; de muy lejos llega el lamento de una campana. Por fin, María Isabel ordena:

—Dénos pan blanco, un azumbre de vino y queso fresco.

El ama de la venta va en busca de lo que le pidieron, y, al encontrarse solas, pregunta la anciana:

—¿Alcanzará para todo, hija?

Y María Isabel tras contar unos cuartos, responde:

—Sí, madre, para todo alcanza.

MIGUEL A. RODENAS.

(*Hispania*, Londres.)

REPERTORIO BIBLIOGRÁFICO

PLATERO, PLATERITO

Juan Ramón Jiménez—el delicado poeta—ha contado la historia de *Platero*; * pueden verla por sí mismos los lectores y tendrán en ello un exquisito regalo. *Platero, Platerito...* ¿Quién es *Platero*? ¿Quién es este ser que con tanto amor nos describe el poeta? *Platero* es... un borriquito. Los borriquitos se prestan a mil consideraciones de diversos géneros. (Hay hombres que no se prestan a ninguna.) Hay muchas clases de borriquitos; este que nos pinta Juan Ramón es simpático en extremo. No es grande ni desgarbado, sino pequeño y vivaracho. Tiene unos cascos redondos y menudos, y unas orejas puntiagudas y tiesas. Cuando se para y levanta la cabeza, parece que está pensando alguna cosa. (Lo cual no pueden hacer tampoco muchos hombres.) A *Platero*, a *Platerito*, lo hemos visto en mu-

(*) Véase el volumen *Platero y yo* (elegía andaluza). "Biblioteca Juventud", editada por LA LECTURA de Madrid.

chas partes y en diversas ocasiones de nuestra vida.

Recordaremos algunas de estas ocasiones. A *Platero* le hemos visto una vez—allá en Levante—en una montaña cubierta de pinos y de matas olorosas. Había una sendita que se retorció entre las quiebras. *Platero* iba con un viejecito. El viejecito había estado haciendo unos haces de hornija y los había puesto sobre los lomos del borriquito. Estaba hecha la faena del día; estaba ganada la comida; esta carga de leña, el viejecito la vendería en el pueblo. No había más que echar a andar. Pero en este crítico momento, el borriquito no quiso ponerse en marcha. Allí estaba, entre los pinos olorosos, en la sendita, con los pies juntos y las orejas tiesas, inmóvil, como de bronce. (Arriba resplandecía el cielo azul, el cielo de Levante.) Primero fueron las cariñosas excitaciones del viejecito; luego, las palabras fueron un poco más escuetas; más tarde hubo algún discreto empujón. Pero *Platero*, *Platerito*, no se movía. No quería marchar. ¿Por qué? No lo sabemos; los borriquitos tienen también sus misterios. Y el viejo viendo la obstinación, la tozudez de *Platero*, se desesperaba. No sabía ya lo que hacer

para que el borriquito marchase. Nosotros contemplábamos la escena desde un elevado risco. Y entre lo que decía el viejecito, ya furioso, ya exasperado, oímos la siguiente frase: “¡Este borrico será la causa de que yo me condene!” De que yo me condene; es decir, de que, por su obstinación yo me entregue al pecado de la ira y haga y diga cosas que me lleven a los infiernos en su día. ¿Comprendéis toda la trascendencia del cuadro y su interés supremo? ¡Este borrico, *Platero*, *Platerito*, con sus orejas tiesas, siendo la causa de la condenación de un hombre por toda la eternidad!

Otras veces hemos visto a *Platero* llevando un costal de trigo al molino. (¿Y aquella linda molinera de aquel día? ¿Dónde está?) En una romería también hemos reconocido a *Platero*, llevando un zaque de vino y unas alforjas llenas de vituallas. No hace mucho leíamos una antigua traducción de *Las Geórgicas*, de Virgilio, una traducción del siglo XVI. En el libro I encontramos este pasaje: “Muchas veces sucederá el que un hombre lleve un jumentillo perezoso, y unas veces le carga de aceite; otras le carga de la fruta, que ordinariamente es cosa que vale poco; otras veces

le echa los guijarros para empedrar; y tal vez le suele llevar a la ciudad cargado de la masa negra de la pez." A *Platero*, a *Platerito*, le hemos visto, sí, cargado con corambres de aceite y con serones de fruta. Tal vez le hemos visto también llevando piedras para el empedrado. Pero como no lo hemos visto nunca, querido Juan Ramón, es como dice Virgilio: cargando de la masa negra de la pez.

(*Blanco y Negro*. Madrid.)

AZORIN

EL PLAGIO,

SU ASPECTO LITERARIO Y MORAL

En realidad, el plagio es concepto que no tiene relación alguna con la literatura. Literariamente (o sea en el campo literario, científico y artístico), el plagio no existe. Esto, que parece paradójica, resultará cosa de elemental buen sentido, con sólo reflexionarlo un instante. En efecto, quien se apropia, sin más ni más, una obra literaria ajena, en nada altera la esencia de dicha obra, que sigue tal

cual es, sea quien se fuere el autor que la firme. Si en vez de una apropiación completa, dicha obra sufre una serie de variantes (que pueden ir desde pequeños retoques y traducciones, hasta la incorporación de algunos fragmentos y motivos en otra obra de arte) la única cuestión literaria que se presenta es ver si el retoque es feliz, si la traducción es bella, si la imitación es oportuna, si el nuevo organismo artístico tiene vida.—¿Qué valor tiene el arreglo del *Enamorado* de Boyardo, hecho por Francisco Berni? ¿Cómo ha triunfado Manzoni en la imitación de un pasaje del *Fausto*, cuando refiere la tentativa de suicidio del Innominado? Citemos el caso de Manzoni, para añadir luego que si se pudiera emplear, en cuestiones estrictamente literarias, el feo vocablo “plagiario”, todos los escritores, los artistas, los pensadores serían plagiarios; porque todos se reatan al pensamiento y al arte precedentes, desarrollándolo y variándolo. Todos nuestros discursos habrían de ser considerados como secuela de plagios, puesto que en ellos se hallan fundidos frases, imágenes, comparaciones que ya fueron creaciones artísticas de otras mentes; toda la vida sería plagio.

En resumen, se puede decir que el plagio, en lo que tendría de reproche moral, no puede aplicarse a la literatura, al arte, al pensamiento; todas ellas, cosas que se sustraen al juicio moral, puesto que carecen de carácter volitivo.

¿Pero en qué caso y de qué modo peca moralmente el traductor, el imitador, el parafraseador para que merezca (como hombre, y no como artista) el título de plagiario?

Nos parece que el pecado de plagiario consiste, a lo más, en la alteración voluntaria de la verdad histórica. Si la vida del arte y la ciencia es como se ha descrito, y tiene como base el arte y la ciencia precedentes, no es menos cierto que, en la vida humana, al lado del interés artístico, rige el interés histórico, que es tan justificado y respetable como el otro. Por tal interés, importa adquirir informes exactos del modo como el arte y la ciencia realmente se han desarrollado; y, por lo tanto, de las fuentes y derivaciones, que son parte integrante de su origen. A nadie puede permitírsele que estorbe e impida este conocimiento. A quien lo ejecuta o trata de hacerlo, se le diría falsario o plagiario.

Se puede ser plagiario tanto con hablar co-

mo con callar. Un artista y un científico, ambos de conciencia delicada, saben que pueden callar las propias fuentes cuando se trata de detalles descuidables o de fuentes conocidas de todos. Pero saben también que el silencio sería culpable en otros casos. Si una frase de Dante se puede incluir con las propias sin necesidad de la cita; si una máxima de Platón o de Aristóteles se puede repetir como patrimonio común, que todos reconocen como tal, no parece que, con igual buena conciencia, se puedan ofrecer, por ejemplo—sin citar a sus autores—traducciones o imitaciones de poetas extranjeros oscuros y de fama escasa, o argumentaciones e ideas de científicos y filósofos aun no célebres ni clásicos. Los científicos y filósofos acostumbran, por eso, añadir a sus obras citas y notas, y consideran cuestión de honor la observancia de esta práctica. ¿Qué cosa impide a los artistas conducirse del mismo modo, e indicar, en un apéndice, o en otra forma declarativa, las fuentes a que han ocurrido? Así procedió muchas veces Carducci; y no vemos que con esta práctica haya disminuido o se haya alterado el efecto de sus obras.

Se podrá objetar que cada uno debe hacer

su oficio; el artista debe procurar hacer de artista, y la búsqueda de las imitaciones y derivaciones, por él realizadas, toca al crítico y al historiador; que para ésto son pagados. Pero (ya que argumentamos casuísticamente, detengámonos un momento más) la objeción, si diestra, no es del todo justa. El artista es también hombre, y por eso, no puede desinteresarse de la tarea asignada al crítico y al historiador, y mucho menos tenderle insidias y tratar de obstaculizarlo. Por mi parte, si alguna autoridad tuviera entre los literatos italianos contemporáneos, querría aconsejarles que se abandonaran a las confesiones, tan sinceras y amplias como sea posible, acerca de la génesis de sus obras. De este modo, darían con ello buen ejemplo de lealtad; ahorrarían a los críticos futuros largas investigaciones, discusiones y errores; e impedirían a los futuros eruditos universitarios hacer fortuna, descubriendo sus plagios.

Suele decirse que el mal del plagio consiste en defraudar a los otros del mérito que les corresponde. ¿Pero qué cosa es ocultar el mérito ajeno sino, ciertamente, alterar la verdad histórica? Eso se reduce, pues, al mismo fundamento, por nosotros apuntado. Por lo demás,

señalando las propias fuentes no sólo se logra señalar el mérito ajeno, sino también, por casualidad, el demérito ajeno.

Tal nos parece el criterio con que debe juzgarse el plagio, pero en los casos concretos, las dificultades de un juicio exacto no son pequeñas. A menudo ocurre que los artistas imitan inconscientemente, o de pronto olvidan la génesis de sus concepciones; algunas veces, no dan importancia a las derivaciones por una especie de característica ingenuidad. Y con los artistas (nos referimos a los artistas verdaderos) hay que tener, se sabe, paciencia e indulgencia. ¿Queríamos lanzarnos como perros mordedores contra quien—interpoladas en su vasta producción original—nos ha dado alguna traducción espléndida o variación de poesías ajenas, sin advertirnos su procedencia? Bastaría, a lo sumo, con no alabárselo.

B. CROCE

(Trad. de los *Saggi Filosofici*. Vol. I.)

Juan Sale Serrallonga, a quien el mismo Maragall dedicó un estupendo poema, * una

(*) *La fi d'en Serrallonga*. Véase el tomo I de las *Poesies* de Juan Maragall. Edición de Gustavo Gili, Barcelona.

de las cosas más hermosas que en España se han escrito.

MIGUEL DE UNAMUNO

(*Nuevo Mundo*. Madrid.)

Al estudiante que desee adquirir un conocimiento elemental de filosofía, le será a un tiempo más fácil y más provechoso leer algunas de las obras de los grandes filósofos que aprender generalidades de los textos. Se recomiendan especialmente las que siguen:

Platón: *República*. Sobre todo los libros VI y VII.

Descartes: *Meditaciones*

Spinoza: *Ética*.

Leibnitz: *Monadología*.

Berkeley: *Tres diálogos entre Hylas y Philonous*.

Hume: *Investigaciones concernientes al Humano Entendimiento*.

Kant: *Prolegómenos a toda metafísica del porvenir*.

BERTRAND RUSSELL

(*The problems of philosophy*)

APOSTILLAS

NO LOS QUIEREN

En Granada, como en tantos otros lugares de nuestra yerma España, se ha declarado la guerra al ciprés.

Al ciprés, al árbol solemne, al único árbol que crece con respeto de sí mismo, que tiene instintos arquitectónicos, que tiene estilo, que tiene verdor todo el año, que tiene poesía toda la vida, le han declarado inútil los de la derecha y los de la izquierda.

Un día talaron los cipreses de un cementerio en un pueblecillo porque al cura párroco le parecían tristes, y en vez de los cipreses plantaron acacias, los árboles de casa de baños, de fielatos y de "hermanitas". El reaccionario no quería cipreses.

Otro día, Blasco Ibáñez me preguntó que por qué pintaba yo cipreses, que eran árboles clericales. El hombre "avanzado" tampoco los quería.

Otro día los quitaron de un claustro. Ahora los han quitado de la Alhambra, en los "calvarios" los dejan morir, en los "cármenes" no los dejan vivir, y hoy uno, mañana otro, España se va quedando sin cipreses, y ya no tiene derecho ni a ser cementerio: sólo tiene derecho a ser llanura desierta.

A muchos españoles les parecerá que la muerte de los cipreses no tiene importancia. ¡Mueren tantas cosas! ¿Y quién se ocupa de ello? Dejando aparte motivos de estética, de belleza y de poesía, hoy que tanto se le habla a nuestro pueblo de sentimiento patrio, según mi patriotismo, el ciprés tiene tanta importancia que, cada uno que se echa abajo, es una raíz de nuestra casa que se nos arranca.

El ciprés, como el campanario, como la cruz de término, como la atalaya, son siluetas que recordamos cuando estamos lejos de nuestra tierra, son piedras miliarias de nuestro patriotismo, señales que definen para nosotros lo que añoramos cuando estamos lejos, que marcan en nuestro corazón las fronteras de nuestros amores mucho más que las cartas geográficas; y si cuando al volver a casa, en lugar del ciprés y del campanario, de la atalaya o de la cruz de término, encontramos un árbol vulgar o un llano yermo, cree uno que no llega a su casa y se vuelve desalentado, y desde entonces ya no tiene patria, por más que digan lo contrario banderas y geografías.

Por lo tanto, cada ciprés que se va arrancando no es un árbol, es un hombre que se arranca, y hoy estamos tan faltos de ellos; que el que desarraiga uno, sea liberal, sea librepensador, merece—es mi opinión humilde—ocho años de presidio.

SANTIAGO RUSIÑOL

(De *Panida*, Medellín, Colombia.)